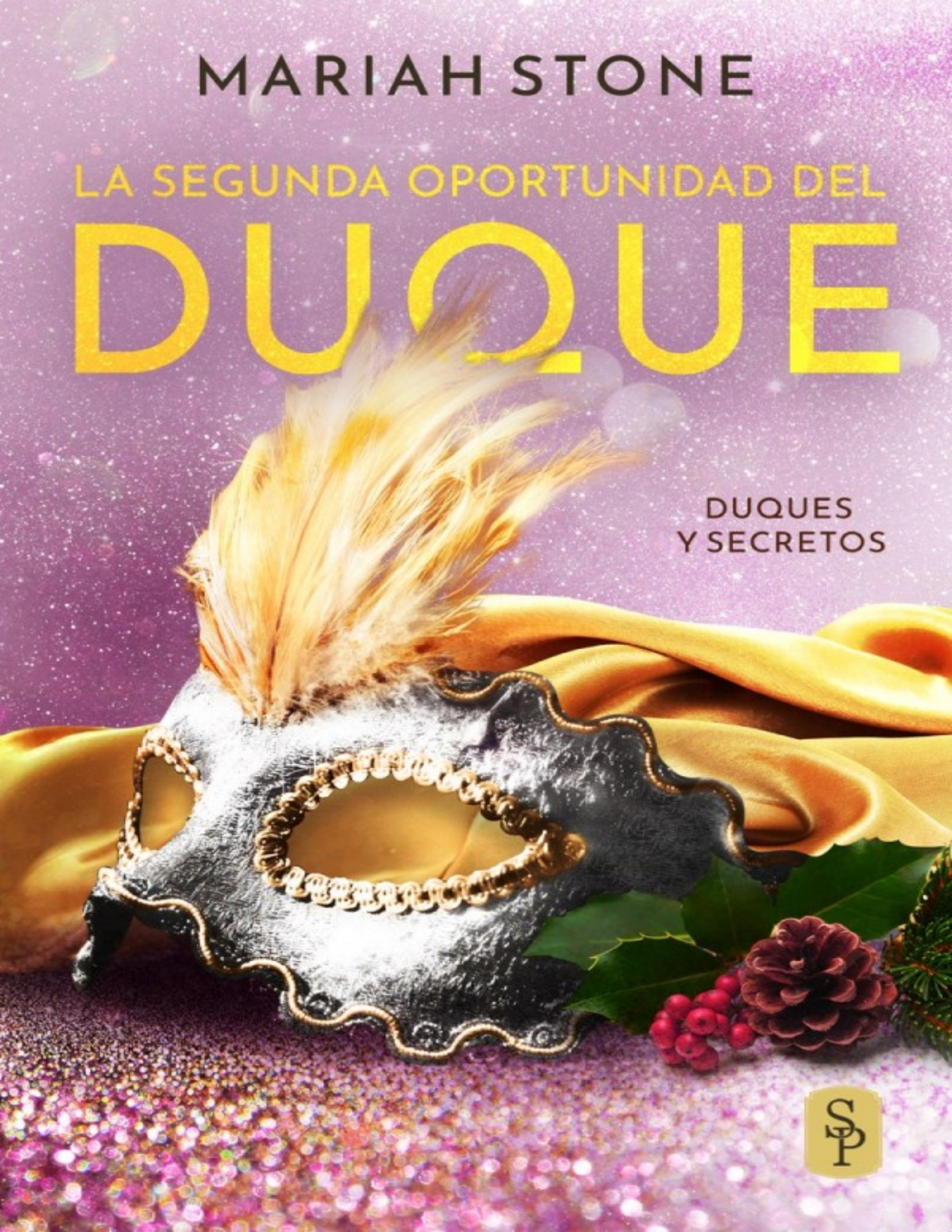
MARIAH STONE

LA SEGUNDA OPORTUNIDAD DEL DUQUE

DUQUES
Y SECRETOS



LA SEGUNDA OPORTUNIDAD DEL DUQUE

DUQUES Y SECRETOS

LIBRO 4.5

MARIAH STONE

TRADUCIDO POR

CAROLINA GARCÍA STROSCHEIN

Stone Publishing

Copyright © 2025 Mariah Stone

Todos los derechos reservados.

La siguiente es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y eventos que se mencionan en ella son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, negocios, empresas, sucesos o tiendas que existan en la actualidad o hayan existido en el pasado es puramente casual.

Título original: *The Duke Do-Over* © 2024 Mariah Stone

Traducido al español de Latinoamérica

Traducción: Carolina García Stroschein

Diseño de portada: Qamber Designs and Media

ÍNDICE

Otras Obras de Mariah Stone

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4

Otras Obras de Mariah Stone
Acerca del Autor

OTRAS OBRAS DE MARIAH STONE

DUQUES Y SECRETOS

Vendida al duque (precuela)

La bella y el duque

La falsa prometida de lord Libertino

Duque por conveniencia

La apuesta de lord Canalla

LOS SIETE LORES DE LOS PECADOS

El duque de la ira

El duque de la lujuria

El duque de la soberbia

El duque de la gula

...

Próximamente más libros

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA)

Sìneag (precuela)

La cautiva del highlander

El secreto de la highlander

El corazón del highlander

El amor del highlander

La navidad del highlander

El deseo del highlander

La promesa de la highlander

La novia del highlander

El protector de la highlander

El reclamo del highlander

El destino del highlander

Reunión de Navidad

AL TIEMPO DEL VIKINGO (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA):

La tentación del vikingo (precuela)

El deseo del vikingo

El reclamo del vikingo

La novia del vikingo

El amor del vikingo

La cautiva del vikingo

AL TIEMPO DEL PIRATA:

El tesoro del pirata

El placer del pirata

¡Más libros nos esperan en 2024!

1

LONDRES, 1814

Era ella. Con o sin máscara, la reconocería en cualquier lado.

Christian Gillies, duque de Thornleigh, miró alrededor de la habitación. Era evidente que nadie más en el público sabía que era *lady* Isabella Greene la que tocaba el piano como si el instrumento fuera su amigo, su hermano, su gemelo.

La dama llevaba una máscara blanca adornada con copos de nieve y plumas que le ocultaba la mitad superior del rostro. Aun así, reflejaba la luz de los cientos de velas que le iluminaban el brillante cabello dorado recogido en un moño alto. Con movimientos rápidos y llenos de gracia, hacía bailar los dedos por las teclas del instrumento; la madera de caoba pulida y las delicadas incrustaciones de latón de color bronce dorado que decoraban los bordes brillaban bajo la luz tenue. *Lady* Isabella tocaba los fascinantes tonos poderosos de la sonata *Pathétique*, de Ludwig van Beethoven.

Conocía la curva de su cuello largo y elegante, así como también el ángulo de los hombros derechos y la espalda cuando tocaba.

Jamás olvidaría el sabor de sus labios suaves y dulces, ni tampoco el delicioso contorno de los senos que se habían sentido tan perfectos en sus manos y contra su lengua.

Apretó los puños alrededor del borde de la copa de champán, y la culpa lo carcomió por la manera en que la había dejado: una acción que ahora solo le parecía de lo más cobarde.

—Es espectacular —señaló su cuñada, Harriet, una mujer alta y de cabello castaño que se encontraba de pie al lado de él.

El gran salón de la lujosa casa del vizconde Kitson era toda una vista para admirar con las molduras cubiertas en oro, las ventanas vestidas con exquisitas cortinas y el brillo cálido de las velas que se reflejaba sobre los suelos de mármol pulidos.

En el aire había un espíritu festivo. La habitación estaba adornada con ramas de acebo, que con sus hojas oscuras y brillantes y frutos de color rojo intenso decoraban las repisas de las chimeneas. Encima de los marcos de las puertas, colgaban unos helechos que se enredaban entre los barandales. Además, habían colocado varios ramitos de muérdago de manera estratégica para invitar a momentos de besos robados y risas compartidas entre los presentes.

Era el escenario perfecto para el tan anticipado y excéntrico evento del vizconde: la mascarada navideña con una competencia musical que había cautivado el interés de la alta sociedad londinense. El objetivo de Kitson era que la competencia fuera justa e imparcial. Tanto los invitados como los músicos y los jueces debían ir disfrazados. Revelar la identidad implicaba la descalificación inmediata.

—¿Quién crees que es? —le preguntó Harriet—. Espero que gane.

Si Harriet supiera… Estaba mirando a la única mujer que Christian había amado. La única que no había podido olvidar en los últimos tres años. La mujer a la que había arruinado, le había prometido matrimonio y había abandonado el día de Navidad. Hacía tres años, esa misma noche, debería haber ido a visitar a sus padres para pedir la mano de Isabella en matrimonio.

—Espero que gane —dijo Christian con la voz ronca antes de beber un sorbo de champán.

—¿No es refrescante ver a una mujer en ese escenario? —le preguntó Harriet con los ojos brillando de excitación—. Ojalá hubiera más mujeres músicas. ¿No crees, Joseph?

Joseph, un hombre alto y de cabello oscuro como Christian, le ofreció una sonrisa cálida a su esposa y asintió con la cabeza en aprobación.

—Sin dudas, querida. Es hora de que el mundo reconozca los talentos de todos, sin importar el género. —Joseph le acarició el vientre redondeado a Harriet.

El gesto le produjo una ola de dolor en el vientre. Christian estaba feliz por su hermano y Harriet, pero verlos de ese modo le recordaba lo lejos que se encontraba de su propia felicidad. Para ser preciso, se encontraba a tres metros de ella.

La presentación de *lady* Isabella llegó al crescendo, y toda la audiencia se quedó petrificada con los ojos fijos en ella. A Christian se le hinchó el corazón mientras la observaba triunfar con una sensación agridulce interrumpiéndole la alegría y recordándole la distancia que había creado entre ellos. Con una nota final dramática, *lady* Isabella terminó de tocar y no apartó las manos de las teclas mientras el silencio hacía eco en la habitación y doscientas personas permanecían de pie estupefactas y sin emitir ni un solo ruido.

De repente, todos prorrumpieron en aplausos, y una estruendosa tormenta de aprobación que parecía vibrar en todos sus huesos los envolvió. Christian se unió al aplauso, y el sonido se perdió en el mar de admiración que la rodeaba mientras se ponía de pie con una sonrisa radiante iluminándole el rostro. Miró a los invitados e hizo una reverencia.

De pronto, sus ojos se posaron en los de él. Sus miradas se encontraron. Los brillantes ojos celestes lo perforaron y le produjeron un escalofrío en la columna vertebral.

A *lady* Isabella se le desvaneció la sonrisa del rostro.



Era él. Lo hubiera reconocido en cualquier sitio, con o sin máscara.

Mientras *lady* Isabella miraba a los ojos al hombre que le había roto el corazón, un frío glacial la embargó de pies a cabeza. Durante tres años, Navidad se había convertido en un doloroso recordatorio del libertino que la había seducido, le había prometido matrimonio y nunca había ido a pedirle su mano a su padre. Desde entonces, su madre no dejaba de presentarle nuevos candidatos. Y cada año, deseaba que esa festividad pudiera desaparecer del calendario.

Pero esa noche de Navidad debía de ser diferente. Cuando oyó del extravagante evento musical del vizconde Kitson, supo que su madre jamás lo aprobaría. Sin embargo, había sentido la necesidad de acudir, de perderse en la música y, por una noche, olvidar la presión de ser la perfecta candidata a esposa para un soltero adinerado y apto.

Esa noche, no era *lady* Isabella, la dama de la alta sociedad londinense con el corazón roto y un secreto que podría causarle la ruina. Esa noche, era una talentosa música respetada. Y, al oír los

aplausos a su alrededor y ver las miradas entusiasmadas de los presentes, se había sentido más viva que lo que se había sentido en muchos años.

Hasta que vio a Christian a los ojos. Todo el glamur, el aplauso y la euforia se desvaneció y solo quedó él. Sus ojos de color café la devoraban por debajo de la máscara negra.

Christian se puso de pie y comenzó a aplaudir con esas manos grandes y masculinas que le habían provocado sensaciones de lo más pecaminosas hacía tres años. Tal y como recordaba, era alto, musculoso y de hombros anchos; el cuerpo atlético se dejaba ver a pesar de las capas de prendas, incluidos el pañuelo atado con cuidado detalle y el abrigo, y los pantalones le abrazaban las caderas angostas y los muslos musculosos.

La sonrisa ladina que esbozaba con los labios anchos y carnosos le decía que la había reconocido. Los ojos le destellaban con intensidad y la retenían cautiva como si no existiera más nada ni más nadie. Sabía que la iba a exponer y, con eso, se le arruinó la noche.

Cuando el aplauso por fin comenzó a apagarse, hizo una última reverencia y salió disparada hacia la puerta. Sin embargo, varios invitados la detuvieron para felicitarla y elogiarla. El corazón le latió acelerado y apenas podía oírse dándoles las gracias. Su propia respiración le hacía eco en los oídos.

Tal y como había temido, Christian se ciñó entre dos invitados en el medio del círculo que la rodeaba. Con un extraño cosquilleo en el estómago, una mezcla de temor y entusiasmo, intentó avanzar entre la multitud.

—Con permiso —murmuró.

—¡*Milady*! —la llamó alguien a sus espaldas y la sostuvo del codo. No le quedó más remedio que darse la vuelta—. Quería

presentarle mis cumplidos. Qué presentación más encantadora.

Era un hombre delgado de unos cuarenta años con el cabello ralo y una máscara de búho. Hacía una hora, había dado una presentación increíble de la sonata *Marcha turca*, de Wolfgang Amadeus Mozart, que había recibido el mismo aprecio de la audiencia. A Isabella no le sorprendería que él ganara la competencia.

—Gracias —le dijo y se volvió para marcharse.

—Disculpe, pero tiene algo en el cabello… ¿Un ratón? ¡Algo se está moviendo!

A su alrededor sonaron jadeos y chillidos. ¿Un ratón? Qué disparate. ¿Por qué tendría un ratón en el cabello? Además, no sentía nada que se moviera. Se llevó una mano a la cabeza.

—¿Me permite? —Se le acercó un paso.

Sin aguardar una respuesta, le acercó la mano a la nuca. Al sentir el jalón de la tira de su máscara, el plan del competidor le quedó claro. ¡Quería desenmascararla delante de todos para descalificarla de la competencia!

Le echó un vistazo a Christian. No podía ver la expresión detrás de su máscara, pero vio que había curvado el labio superior en una mueca y que entrecerraba los ojos para mirar al hombre.

—¡Señor! —exclamó Isabella y dio un paso hacia atrás, pero las tiras de la máscara se le aflojaron aún más. El hombre no dejaba de jalar. ¡La iba a desenmascarar!

La mirada de Christian se convirtió en furia pura. Vio que comenzó a avanzar sin mirar por donde iba. Un lacayo que llevaba una bandeja llena de bebidas se tropezó con el pie de Christian, y el contenido de al menos media docena de vasos se derramó sobre el competidor, que hizo una mueca y la soltó. Se oyeron varios gritos y exclamaciones de los invitados al tiempo que el champán les

salpicaba las máscaras, las prendas y el cabello. Isabella soltó un jadeo al tiempo que el líquido frío le empapaba el vestido, y tanto el corsé como el escote se le pegaban contra el cuerpo.

En la agonía final de la catástrofe, la multitud conmocionada se abalanzó contra el lacayo y la bandeja le salió volando de las manos y cayó sobre la cabeza del competidor. A pesar de que le movió la máscara, por desgracia, no bastó como para reconocerlo.

En la habitación reinó el caos. En el medio de todo, una mano firme la sujetó. Al darse vuelta, vio a Christian a su lado. Era tan alto y hermoso, incluso con la máscara puesta, que el corazón se le hinchó en el pecho como un ave a punto de volar.

—Venga, *milady* —le dijo con la voz aterciopelada—. La sacaré de aquí.

2

Al entrar en la biblioteca de *lord* Kitson y escapar de la cacofonía de la velada, Christian cerró la puerta con llave con un ruido que hizo eco en el silencio de la habitación. Isabella se encontraba de pie delante de él, tan etérea como una princesa de nieve. La imagen hizo que se le estrujara el pecho y se le acelerara el pulso.

La biblioteca era una bóveda de sombras, la oscuridad de la habitación se profundizaba con la altura de las estanterías de caoba que se ceñían sobre él. Cada una estaba atestada de libros de diferentes tamaños y colores. En el aire pendían los aromas suaves a papel viejo y una mezcla de almizcle y vainilla. Los dos ventanales permitían el ingreso de la tenue luz blanca de la tormenta de nieve que se había desatado hacía algunas horas.

Christian encendió las velas de un candelabro de plata, y las llamas destellaron doradas en la oscuridad predominante. Luego se volvió hacia ella y la observó.

—Isabella —le dijo con el aliento entrecortado. Su nombre era una palabra que no había pronunciado en voz alta en los tres años que había pasado en el campo, reconstruyendo la propiedad de su padre, y resonó a su alrededor.

—Christian.

Por todos los cielos, su voz era tan dulce como la miel. Se estremeció al recordar el modo en que había pronunciado su nombre cuando había estado enterrado en su interior y cómo se había retorcido de placer antes de rogarle que le diera más.

Se llevó la mano a la nuca, deshizo el nudo que mantenía la máscara en su sitio y se la quitó. Ella lo observó con los preciosos ojos celestes destellando. Luego, se acercó a ella para jalar del lazo de su máscara con delicadeza. Sintió el cabello sedoso contra las manos, y se detuvo al recordar cómo había enterrado los dedos en esa cabellera y le había sostenido la cabeza mientras la besaba. Con un sonido amortiguado y sin mayor dificultad, la máscara se cayó al suelo.

Se encontraron sin máscaras. Absorbió el precioso rostro que jamás había olvidado ni por un instante: los hermosos ojos grandes, las pestañas largas, la nariz respingona y los labios tan aterciopelados como pétalos de flores. Si se moría al siguiente instante, moriría conociendo el rostro de la belleza pura.

Tres años después de haberle hecho una de las peores cosas que un caballero le podía hacer a una dama, había llegado el momento de enfrentarla. La había deshonrado, había roto su promesa y la había traicionado. Era la mujer que amaba. La mujer a la que jamás había dejado de amar.

—Me has salvado —le dijo.

Las palabras pronunciadas mientras se hundía en sus ojos le quitaron cualquier capacidad de pensamiento.

—No esperaba que hicieras eso —continuó—. Gracias.

Christian tragó con dificultad.

—No me lo agradezcas. Era lo menos que podía hacer.

Las palabras quedaron colgando en el aire entre ellos, acompañadas de la sugerencia tácita de la expiación.

En el exterior, continuaba azotando la tormenta de nieve, y el silbido amortiguado del viento creaba un contraste contra el silencio absoluto que había caído entre ellos. Cada ráfaga enviaba una lluvia de copos de nieve contra el ventanal, y las siluetas blancas destellaban bajo la luz dorada de las velas. El aire frío se colaba por entre las grietas y le acariciaba la piel hasta hacerlo estremecer.

—Has tocado con gran habilidad. —No le quitó la mirada de encima, sino que observó cómo la luz de las velas le bailaba en los ojos—. Ese sujeto tenía miedo de que ganaras. Y espero que ganes. —Estiró la mano, y los dedos le rozaron el brazo—. Eres magnífica, Isabella. Siempre lo has sido. Siempre lo serás. La audiencia te adora. Te lo prometo.

Pudo ver que el elogio le produjo un escalofrío. Isabella comenzó a sacudir las pestañas al tiempo que un sonrojo se le expandía por las mejillas. Podría haber sido de él. Si no hubiera sido un cobarde, ella habría sido suya. ¿Habría todavía esperanza para ellos?

El corazón se le estrujó. No, no podía permitirse guardar esperanzas. Isabella jamás le permitiría volver a entrar en su corazón. Y tenía buenos motivos para eso. Había destruido cualquier amor que hubiera podido sentir hacia él. Sin embargo, había algo en sus ojos que lo hizo dudar.

—*Milord*, no haga promesas que no puede mantener —le dijo—. Los dos sabemos que ese es su punto débil, y no volveré a caer en la trampa.

Christian sintió la ola de vergüenza que lo embargó, tan espinosa como un rosal.

—No me casé con *lady* Harriet —le confesó—. No quería.

Isabella soltó el aliento, se dio la vuelta y comenzó a andar de un lado al otro del gran hogar, al tiempo que el carbón crujía con suavidad.

—Oí las noticias del casamiento —arrojó por encima del hombro—. Luego de que me dejara sin decir nada, intenté descubrir qué había pasado. Quise saber si había terminado en una zanja de camino a encontrarse con mi padre. —Lo fulminó con una mirada afilada—. Se puede imaginar mi sorpresa al día siguiente cuando leí en los periódicos acerca del compromiso del duque de Thornleigh con *lady* Harriet Miles.

El dolor en su voz lo lastimó como un puñetazo. El rostro de Isabella era un espejo que reflejaba el sufrimiento que le había provocado. Anhelaba estirar la mano y jalarla a sus brazos para escudarla del mundo. Pero no podía hacerlo: él era la mayor amenaza en su mundo.

—La mañana que iba a ir a ver a tu padre —comenzó apretando los puños a ambos lados del cuerpo—, recibí una visita de mi abogado. —Bajó la mirada al suelo.

—¿Y? —le preguntó con la voz fría y arqueando una ceja.

—Me dio unas noticias… —repuso Christian en un tono de voz que apenas era un susurro—. La inversión que mi padre había hecho había fracasado rotundamente. Estábamos en la ruina total, Isabella. Si no lograba una unión con una persona adinerada, lo íbamos a perder todo.

Lo miró fijo con incredulidad en los rasgos.

—¿Y mi dote no habría bastado?

—No.

Se veía tan orgullosa, tan fría y distante…

—Oh.

—No podía hacerle eso a mi familia. Ya sabes que tengo un hermano y dos hermanas a los que cuidar. Tuve que hacer una elección que me mató por dentro. Te quería a ti.

La expresión de Isabella permaneció estoica, y sus ojos no se suavizaron ni un ápice.

—*Milord*, me quería para una noche. Fui otro premio para usted, nada más.

Las palabras lo lastimaron como un puñetazo. Eso era exactamente lo que tanto había temido. A pesar de que no se había casado con *lady* Harriet, tampoco había buscado a Isabella. No le había suplicado que lo reconsiderara ni que lo aceptara de regreso. ¿Cómo podía perdonarlo o volver a confiar en él alguna vez?

Christian se movió hacia un aparador y sirvió dos copas de coñac. Inhaló la pesada combinación de canela y clavo de olor mezclada con el aroma intenso del coñac. Le entregó una copa a Isabella, que la tomó con la mirada destellando de ira. Cuando sus dedos se rozaron, sintió una descarga cálida.

—*Lady* Harriet es una buena mujer, y nos hemos vuelto buenos amigos —dijo bebiendo un sorbo del líquido fogoso—. Pero a las dos semanas de comprometernos, se dio cuenta de que estaba enamorada de ti y le puso fin al compromiso.

La mirada de sorpresa en el rostro de Isabella le resultó agradable y le produjo un pequeño destello de esperanza en el pecho.

—No me tome el pelo, *milord* —le dijo—. Es un libertino. Me mintió y me usó, como a muchas otras. Su compromiso de seguro fue un ardid. Si de verdad me hubiera amado, hubiera regresado para hacer lo correcto. —Las palabras se deslizaron por la habitación frías y afiladas.

Dio en el clavo, y eso le dolió. Lo obligó a enfrentar la parte más fea de sí mismo, la parte que siempre había negado.

—Era mi orgullo, Isabella —le confesó—. Cuando Joseph y *lady* Harriet se enamoraron y decidieron casarse, su unión salvó la

propiedad. Pero el daño a ti ya estaba hecho. Tienes razón, era un libertino irresponsable.

Lo que en verdad quería admitir era que había estado demasiado avergonzado como para enfrentarse a ella y hacerse cargo de sus acciones, para madurar y ser como ella: responsable, considerado y consciente. Sin embargo, no tenía el coraje de hacerlo. No soportaba pensar en la posibilidad de que lo rechazara, de que no lo perdonara.

Lo miró con esos hermosos ojos grandes que destellaban con lágrimas sin derramar.

—Y entonces, ¿por qué me lo dice ahora? —le preguntó.

Se acercó un paso a ella.

—Porque durante tres años has acechado cada uno de mis pensamientos —le confesó con la voz llena de emociones—. Estaba seguro de que a esta altura ya estarías casada, pero no lo estás. Y al volverte a ver… me di cuenta de que nada valía la pena de perderte. No hay cantidad de dolor o vergüenza alguna que sea suficiente para impedir que intente recuperarte.

Dejó la copa a un lado, y estiró el brazo para acariciarle la mejilla con los nudillos. Isabella cerró los ojos un instante y se apoyó contra él.

—Pasé tres años mejorando la propiedad de mi familia —continuó—. Gracias a *lady* Harriet y su fortuna, logré hacerlo.

Tomó una profunda bocanada de aire y se puso tenso antes de soltar la siguiente confesión.

—No soy el hombre que conociste hace tres años, Isabella —continuó con la voz temblorosa—. Ya no soy ese libertino. —Le tomó la mano mirándola a los ojos—. ¿Me puedes creer, querida?

3

«No hay cantidad de dolor o vergüenza alguna que sea suficiente para impedir que intente recuperarte…».

Las palabras le provocaron un retorcijón en el pecho, al tiempo que apelaban a su corazón. Deseaba creerle, pero ¿podía hacerlo?

Su mirada la mantenía cautiva, la profundidad de esos cálidos ojos marrones reflejaba el mismo dolor que ella había soportado.

—Tres años de tormento, Christian —murmuró, y la voz apenas fue un susurro—. Estuve comprometida con el duque de Loxchester. Era una unión que habían hecho nuestros padres cuando éramos pequeños. Pero si hubieras venido a pedir mi mano, me hubiera rebelado contra mis padres por ti. Hubiera huido y arrojado todo por la borda por ti.

Cuando el duque de Loxchester había escogido a otra, se había sentido rechazada y aliviada al mismo tiempo. Y, a pesar del desfile de candidatos y el ejército de solteros que su madre le presentaba en cada temporada, el corazón le seguía perteneciendo a un solo hombre… que ahora se encontraba de pie delante de ella.

La mirada de Isabella se posó en el reloj ornamentado sobre la repisa de la chimenea, al tiempo que las manecillas se acercaban a las nueve.

—Tengo que regresar a casa —le dijo—. Mi madre podría entrar en mi habitación. Mi criada está vigilando y la va a distraer de ser necesario, pero, aun así, podría descubrir mi ausencia.

La nuez de Adán le subió y bajó al tiempo que asentía en silencio con la cabeza.

—Puede que la tormenta se haya calmado un poco, pero no creo que te puedas marchar todavía. —Se acercó a uno de los ventanales, e Isabella lo siguió.

Era casi imposible ver la calle a través del temporal. Las luces de gas eran unas manchas en medio de la ráfaga de copos de nieve que bailaban caóticos en el viento. La esperanza de marcharse pronto se desvaneció.

—Isabella, lo siento —le murmuró volviéndose hacia ella. La cercanía le resultaba tan embriagadora como la mezcla de aromas familiares que emanaba: prendas limpias, su colonia clásica de bergamota con unas notas de pimienta y un aroma propio de él. Fue ese almizcle lo que le revolvió un anhelo instintivo en el interior, un deseo guardado de fundirse con él—. Sin importar lo que pueda pensar tu madre si entra en tu habitación, no me dejarás todavía.

Se miraron a los ojos, y el tiempo se detuvo. Se transportaron tres años en el tiempo, de regreso a la época en la que habían intercambiado besos y caricias furtivas en la oscuridad de las fiestas. Esos momentos prohibidos los habían dejado sin aliento y ardiendo por más. Una noche de invierno similar a la presente, Isabella se había rendido a la tentación en una esquina recluida de una sala de estar vacía.

Sabía que él estaba pensando lo mismo. Lo podía ver en la profundidad marrón oscura de sus ojos. Era el mismo deseo que había ardido en su interior.

Durante tres años, había fantaseado con él, a pesar de lo mucho que la había lastimado. Le resultaba muy difícil detestarlo mientras siguiera amándolo. Seguía añorando la dulce liberación que le había hecho sentir esa noche hacía mucho tiempo. Y, a juzgar por el modo en que la miraba, él compartía el mismo tormento.

Tenía los ojos de un predador. La consumían, la devoraban y le producían un cosquilleo en la piel. Era muy difícil concentrarse y mantener la cabeza despejada. Estaban varados allí. Se habían quitado las máscaras. Y era evidente que aún la deseaba. Lo único que no sabía era si de verdad podía confiar en él.

Pero mientras cruzaba la distancia entre ellos, el remolino de dudas que le acechaba la mente pareció detenerse y quedar reemplazado por una claridad repentina. Una claridad que le hacía eco en el latido acelerado del corazón y en la respiración agitada.

Tenía la boca demasiado cerca y olía delicioso… y quería ese calor. Mientras su cuerpo parecía debatirse con sus dudas, el punto en la entrepierna le latió con una necesidad que la hizo humedecer.

De pronto, la boca de él se cerró sobre la suya como movida por una fuerza irresistible. Christian le enterró una mano en el cabello al tiempo que le apoyaba la otra en la parte baja de la espalda para acercársela. Isabella gimió contra su boca al tiempo que los labios aterciopelados le rozaban los suyos. Christian le deslizó la lengua en la boca con hambre y deseo.

Cada roce de los labios era una plegaria silenciosa, un testamento de la intensidad de su deseo. Era como si fuera un hombre muerto de hambre, y ella su salvación, la única sustancia que anhelaba. Isabella le respondió con el mismo ardor y se apoyó contra él sin poder saciarse.

De repente, nada más existió, excepto él y ella. Y eran un enredo de manos que exploraban y jalaban prendas, unos cuerpos que no

lograban acercarse lo suficiente.

Los movimientos de Christian eran urgentes, su beso cada vez más intenso. Era suave con ella, pero parecía como si le costara contenerse. Le bajó las manos por el cuerpo, le sujetó las nalgas y se las apretó en un gesto posesivo que le provocó una deliciosa ola de calor en todo el cuerpo. Luego, una de las manos le recorrió el cuerpo y le acarició un pecho dibujándole círculos en un pezón a través de la tela del corsé y haciéndola arder aún más de deseo.

—Isabella… —gimió contra su boca—. Por favor, dime que me detenga o no podré hacerlo.

Debería decirle que se detuviera. Debería apartarse, volver a colocarse la máscara y regresar a la seguridad de la sala atestada de gente, donde no podría besarla de ese modo, ni tocarla hasta que los huesos se le redujeran a miel líquida y el cuerpo se le convirtiera en algo anhelante y necesitado.

«Te hizo daño —se recordó—. ¿Recuerdas cómo te hizo el amor y te dejó y nunca respetó las promesas que te había hecho? ¿Eh?».

¿Podría haber cambiado? Se veía diferente. Se comportaba distinto. El Christian de antes jamás hubiera admitido que era un cobarde. El Christian de antes habría encontrado algo encantador que decir para evitar tomar la responsabilidad de algo. A Isabella le encantó aún más ese nuevo Christian. Además, si le permitía continuar y darle placer, no quería decir que volvería a confiar en él. Solo tenía que sentir sus dedos… su boca sobre ella… y a él en su interior.

—No te detengas, Christian —le dijo y lo besó.

«¿Y si alguien intenta entrar? ¿Y si alguien más tiene una llave? —le preguntó una pequeña parte de ella que aún era lógica—. Quedarás arruinada y no solo en la realidad, sino también a los ojos de la alta sociedad. Y lo más probable es que no se casará contigo.

Debes encontrar un marido; ya lo sabes. Estás destruyendo cualquier oportunidad de hacerlo».

—No te detengas —le repitió contra la boca.

—Oh, querida, no te das una idea de lo mucho que imaginé que esa noche volvía a suceder —le gruñó en respuesta.

La levantó en sus brazos sin dejar de besarla. El mundo se movió al tiempo que la llevaba por la habitación para depositarla en el sofá.

Estaba completamente húmeda y cálida. Christian se arrodilló delante de ella, que se apretó contra el sofá y colocó las caderas entre sus muslos abiertos. Isabella sintió la erección dura apretada contra su sexo a través de las prendas y comenzó a mover las caderas para frotarse contra él. Christian soltó un gruñido parecido al de un oso contra su boca y la embistió con las caderas.

—Amor, me estás volviendo loco —le murmuró.

—No tanto como tú a mí —le aseguró.

La respuesta lo llevó a intensificar las embestidas y, oh, cielos, la frotó en el punto indicado… La encendió en fuego, le produjo esa sensación deliciosa de estar deshaciéndose y bailando en el viento como la tormenta de copos de nieve al otro lado de los ventanales. Sin embargo, para llegar a la cima del placer, lo necesitaba en su interior.

—Por favor… —le rogó gimiendo—. Por favor.

Quería ser una con él, convertirse en dos partes de un todo. Volvió a frotarse contra él, desesperada por llegar a la cima que habían conocido juntos.

—Te necesito… —le susurró—. Dentro.

—No, amor —le dijo sin dejar de mover las caderas en círculos—. Esta noche solo se trata de ti. Necesito mostrarte lo mucho que te deseé todo este tiempo. No ha habido más nadie desde ti. Nadie más. Solo tú.

Isabella quería protestar, pero él se tragó cualquier palabra con un beso mientras le recorría el cuerpo con las manos para llegar al borde del vestido. Despacio, le introdujo la mano bajo la delgada tela blanca del atuendo y las capas de las enaguas y fue subiendo por las dos piernas. Isabella se estremeció al sentir las palmas cálidas y pesadas contra la piel, donde nadie más la había acariciado además de él. Una mano llegó a la entrada húmeda de su sexo y le arrancó un jadeo. Cuando la acarició, la hizo estremecer.

—Oh, querida —le dijo con una voz similar al coñac añejo—. Estás muy húmeda. Dime que no me has echado de menos todos estos años. Dime que no me deseas.

No podía. Él tenía razón. No lo podía negar.

Christian le separó los pliegues y le introdujo un dedo en el sexo deslizándolo entre la humedad hasta alcanzar ese punto que la hacía explotar de un dulce placer. Isabella se estremeció contra su cuerpo y se apretó contra la mano al tiempo que comenzaba a dibujarle círculos para provocarla.

—Muy bien, amor —le dijo apartándose de sus labios y depositándole besos en el mentón, en el cuello y el pecho. Le bajó el corpiño y el corsé y se llevó un seno a la boca. Era tan pequeño que lo pudo saborear entero con la boca habilidosa que succionaba y lamía mientras mordisqueaba el pezón con los dientes y le producía un sinfín de sensaciones. Acto seguido, hizo lo mismo con el otro seno mientras movía los dedos para acariciarle y pellizcarle el punto máximo de placer.

De pronto, cuando quiso más, se apartó y le hundió los dedos en el interior. Isabella se movió contra él deseando más y saboreando la sensación de encontrarse llena. Christian le volvió a dibujar círculos acercándola cada vez más a la cima. La deliciosa acumulación de

placer la llevó al orgasmo, y se deshizo en mil pedazos alrededor de sus dedos.

—Eso es, amor —le susurró al oído con los dedos en su interior—. Cómo te eché de menos. Cómo deseo no dejarte ir nunca más…

«Te amo», le quiso decir Isabella mientras le pasaba los brazos por el cuello y lo jalaba contra ella. Christian extrajo los dedos y, con una caricia suave, le produjo un estremecimiento. Luego la envolvió en sus brazos, se la acercó y se estiró sobre el sofá para acurrucarla. Isabella inhaló su aroma y sintió su excitación apretada contra el muslo.

—¿Qué hay de ti? —le preguntó.

Christian se limitó a abrazarla, a pesar de que sentía el latido acelerado de su corazón contra el pecho.

—Todo se trata de ti, amor —le respondió en un murmullo—. Todo se trata de ti.

4

APROXIMADAMENTE UNA HORA DESPUÉS, Isabella y Christian se encontraban en los escalones cubiertos de nieve de la mansión de Berkeley Square donde se había celebrado la mascarada.

El trineo de Christian, una silueta majestuosa en contraste con la nieve, aguardaba la partida. La tormenta se había calmado y ahora solo caían unos copos de nieve del cielo y cubrían el trineo oscuro y los caballos con un manto destellante. Isabella buscó la calidez de la pelliza de piel.

Christian la había sostenido en sus brazos esa noche y había encendido una llama que creía apagada. La amaba. Más de lo que jamás había sospechado. Más de lo que jamás había admitido. Y el pensamiento de dejarla ir le resultaba insoportable. Quería hacerla suya para siempre. La pregunta era si ella lo aceptaría.

—Te llevaré a casa —le informó interrumpiendo el silencio que reinaba en las calles de Londres cubiertas de nieve y sin el usual traqueteo de las ruedas de los carruajes.

Isabella y Christian aparecieron por separado en la velada antes de partir, justo a tiempo para ver la entrega de los premios. Cuando los jueces le entregaron el premio monetario a Isabella, ella dijo que tenía la intención de apoyar la educación musical de los niños menos

privilegiados. Luego le contó a Christian de la escuela de *lady* Jane Seaton en Whitechapel, que era la única en el distrito criminal de Londres, pero de momento no brindaba educación musical. Isabella tenía pensado donar un piano y otros instrumentos, así como también partituras y quizás también ofrecerse de voluntaria para enseñarles música a los niños.

A pesar de que la competencia había terminado, aún se oían unas notas musicales por los ventanales de la mansión que indicaban que la fiesta seguía en pleno auge.

—Los dos tenemos puestas nuestras máscaras —continuó Christian—. Las calles están desérticas, y por más que alguien en la velada nos vea juntos, nadie sabrá quiénes somos. No te marcharás sola, y no hay ningún trineo a la vista para contratar.

Isabella no discutió, sino que se subió al trineo con su ayuda. Christian acomodó unas mantas de piel alrededor de ellos y se la acercó para protegerla del viento y la nieve. Mientras avanzaban por la ciudad congelada, se quitaron las máscaras. Christian mantenía los ojos en los de ella, que se veían luminosos. Era dolorosamente consciente de que al cabo de quince minutos podría no volver a verla nunca más.

Sin ella en su vida, se enfrentaba a un futuro lleno de fiestas vacías y de encuentros sexuales insignificantes o, quizás, a un futuro solitario cuando se retirara a la propiedad del campo donde moriría de aburrimiento mientras su hermano y Harriet disfrutaban de su felicidad. Christian anhelaba experimentar esa misma dicha, y ella era la única mujer que se la podía brindar.

Le había dicho que era más responsable. Ahora tenía que demostrárselo. Tenía que contarle toda la verdad. Tenía que arriesgar su corazón, dejarlo al descubierto y vulnerable, y aceptar el hecho de que pudiera rechazarlo.

—Te amo, Isabella —le dijo y observó cómo se le agrandaban los ojos y parpadeaba—. Nunca dejé de amarte. Quiero casarme contigo. Quiero que seas mía para siempre. Fui un tonto al no haber regresado para enfrentarme a tu ira y tu desilusión. Debería haber ido a explicarte todo, pero tenía miedo de perderte para siempre… algo que aún podría ocurrir. Ahora temo que jamás vuelvas a confiar en mí. ¿Es cierto?

Isabella lo miró durante un largo instante con la respiración cristalizándose en el aire gélido mientras exhalaba.

—Ojalá pudiera confiar en ti, Christian. Lo digo en serio. Pero me has lastimado mucho. Te amaba… Todavía te amo.

—¿Todavía me amas? —le preguntó. La esperanza y la alegría lo embargaron como una ola cálida y cosquilleante. Oh, cómo deseaba poder tomarla en ese mismo instante y hacerla suya para siempre.

—Sí —le dijo.

La abrazó más y se la acercó al regazo.

—Entonces, mi tarea es simple —murmuró—. Debo demostrártelo. Debo demostrarte que mi corazón siempre será tuyo, que te ha pertenecido desde el comienzo.

Cuando llegaron a Ravenscroft, la residencia de Isabella, una majestuosa mansión de estilo georgiano con ladrillos rojos y hiedras prolijas cubierta de nieve, Christian fue el primero en apearse del trineo.

—¿Qué haces? —le preguntó Isabella al tiempo que se quitaba las pieles de encima—. ¿Por qué te apeaste?

—Permíteme acompañarte a tu casa —le pidió con la voz fría en la noche.

—¡No! ¡Eso no es lo que hemos acordado! —siseó—. Regresa al trineo y márchate. Entraré por la puerta de los criados. ¡No me

puedo arriesgar a que te vea mi madre! Quedaría irremediablemente arruinada.

Christian se rio entre dientes, y el sonido flotó en el aire fresco.

—Ya estás arruinada, amor —le recordó con la voz cálida a pesar del frío—. Y ahora es hora de que rectifique el error que cometí hace tres años.

Con la boca abierta, Isabella observó cómo Christian comenzaba a marchar a través de la débil nevada hacia Ravenscroft. Las botas se le hundían en la capa de nieve fresca. Sin perder tiempo, lo siguió por la blancura fría.

—¡Christian, no lo hagas! —exclamó.

Pero parecía que nada lo iba a detener. Ya había alcanzado los escalones y estaba golpeando fuerte el gran llamador con forma de león contra la puerta y causando un gran alboroto. Era tarde. Demasiado tarde para visitas sociales. Con la respiración agitada, lo alcanzó.

—¡Christian!

La puerta se abrió de golpe, y el mayordomo, Firth, los miró con el ceño fruncido.

—*Lady* Isabella… Disculpe, señor, pero ¿qué está pasando? *Lady* Isabella, no sabía que había salido.

—No sucede nada, Firth —le aseguró rápido—. El duque de Thornleigh se estaba marchando.

—¿Se encuentran *lord* o *lady* Whitemouth en casa? —preguntó Christian ignorándola.

—El señor ha salido, y la señora estaba a punto de acostarse —le informó el mayordomo.

—¿Puedo hablar con ella?

—No, no puedes —objetó Isabella con el corazón acelerado en el pecho.

No estaba lista. Acababa de declararle su amor y le había dicho que quería casarse con ella. ¿Por qué lo estaba alejando? ¿Por qué le impedía hacer lo que debería haber hecho hacía tres años? Porque estaba aterrorizada de que volviera a lastimarla. Era más fácil permitir que su madre le encontrara un candidato al que no amara, alguien que jamás tuviera el poder de lastimarla. Era mucho más difícil volver a confiar, ser valiente y arriesgar el corazón como Christian lo había hecho en el carruaje.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó alguien. Su madre apareció dándole la vuelta al pasillo, tan majestuosa como de costumbre. Pasó los ojos celestes abiertos de par en par del duque a Isabella y luego los abrió aún más horrorizada—. Isabella, ¿qué haces afuera, sola, con un hombre?

Christian pasó por delante de Isabella y Firth.

—*Lady* Whitemouth, permítame presentarme. Soy el duque de Thornleigh a su servicio.

Isabella se apresuró a seguirlo, y Firth cerró la puerta a sus espaldas.

—Sé perfectamente bien quién es —repuso su madre con un tono gélido y parpadeando—. No es el tipo de hombre con el que deberían ver a una dama joven y soltera, *milord*.

Christian asintió con la cabeza.

—Eso era en el pasado. Debe saber que no he estado en Londres en tres años. He pasado todo ese tiempo reconstruyendo la propiedad que heredé y que ahora es muy próspera.

Miró a Isabella a los ojos. La intensidad de su mirada la dejó sin aliento. Tenía los ojos llenos de una emoción que parecía radiar una

fuerza física, y cada centímetro de su cuerpo le canturreó entusiasmado anhelando más de él.

—He venido a pedir el mayor honor posible: la mano de su hija en matrimonio —continuó Christian sin apartarle la mirada de encima—. La amo y no hay nada que desee más que pasar el resto de mi vida haciéndola feliz.

A Isabella le dio un vuelco el corazón ante el amor de su mirada. El cuerpo le zumbó con una extraña sensación. Esa era la Navidad que debió haber tenido hacía tres años. ¿Podía aceptar la propuesta de matrimonio?

Su madre abrió los ojos aún más y enderezó los hombros. No respondió durante un largo instante mientras a Isabella se le aceleraba el pulso en los oídos.

—¿Alguien los ha visto juntos? —le preguntó su madre.

—No —repuso Isabella.

—Muy bien —respondió *lady* Whitemouth asintiendo con la cabeza—. Eso simplifica las cosas. Para responder su petición, *milord*, le aseguro que aprecio el sentimiento, pero debo rechazar su propuesta. He encontrado un buen partido para Isabella. Le pedirá matrimonio mañana, y aceptaré. Ya está todo arreglado.

Isabella sintió que el suelo desaparecía debajo de sus pies.

—¿Quién? —logró preguntar con la voz estrangulada.

—*Lord* Chapman —le respondió su madre con un tono lleno de satisfacción—. Un caballero de lo más agradable que goza de un excelente ingreso sin ninguna necesidad de reconstruir ninguna propiedad durante tres años. Buenas noches, *milord*. Isabella, sígueme. Tenemos mucho de qué hablar.

Mientras su madre se giraba sobre los talones para alejarse, Isabella supo que todo había acabado. Su destino había sido decidido por ella, y no tenía nada que decir al respecto. La versión

de su futuro de su madre solo incluía a *lord* Chapman, con su piel suave como la de un bebé y el cabello oscuro, con los ojos de ciervo llenos de inocencia y entusiasmo infantil y con sus chácharas interminables acerca de las últimas modas y todas las innovaciones en diseños de carruajes. Su vida sería segura y no sufriría dolor alguno, pero sería increíblemente aburrida. Era como si hubiera llegado a su fin.

Miró a Christian. Cuando sus miradas se encontraron, le leyó una pregunta en los ojos. Isabella parpadeó y sintió las extremidades pesadas y frías. No se podía mover.

Entonces vio morir en su mirada la última gota de esperanza. Unos sentimientos de pérdida y dolor le nublaron el rostro. El duque asintió con la cabeza con cierta derrota y se dio la vuelta para marcharse de su vida para siempre.

A Isabella le dolió el pecho y se le tensó el estómago mientras se desencadenaba lo inevitable. Pero de pronto tuvo una epifanía. Tenía que arriesgarse si deseaba tener la oportunidad de experimentar la verdadera felicidad. Christian se encontraba allí, abriendo el corazón y prometiéndole que había cambiado. Había confiado en que llegaría a perdonarlo, de modo que tenía que ser valiente, como lo había sido él. Debía confiar en él. Y tenía que hacerle frente a su madre que le había controlado la vida y dictaminado el vestuario, las interacciones sociales y cada uno de sus movimientos. Podía hacerlo. Podía luchar por su propia felicidad.

—No, madre —le dijo con la voz firme, y Christian se detuvo y se volvió a mirarla.

—¿Cómo has dicho? —Su madre se dio vuelta para observarla con el ceño fruncido.

—No me casaré con *lord* Chapman —le dijo sin despegar los ojos de la mirada intensa de Christian—. Me casaré con el duque de

Thornleigh.

Su madre tartamudeó.

—Isabella, no hay ninguna necesidad… Entiendo que el título de duquesa supera el de vizcondesa, pero *lord* Chapman es mucho más adinerado…

—No me importa el dinero, madre. Amo a este hombre.

—El amor no tiene nada que ver con el matrimonio, Isabella. Y no permitiré que nuestro nombre quede mancillado asociándolo con la mala reputación del duque de Thornleigh. Ven conmigo y ve a tu habitación. *Lord* Chapman querrá verte fresca y descansada.

—*Lord* Chapman debe esperar a una novia casta, madre. Y no la encontrará en mí. Le he permitido ciertas libertades al duque de Thornleigh.

Su madre soltó un jadeo y abrió la boca conmocionada.

—¡Isabella, no! —exclamó desesperada.

—Sí, madre —le aseguró con firmeza.

Christian dio un paso hacia adelante.

—Me temo que es cierto. Pero es mi culpa, no la de Isabella.

Su madre se quedó de pie en silencio y parpadeó despacio. Su rostro se había cubierto con una máscara de desilusión.

—Tantos años de planificación —masculló *lady* Whitemouth—. Docenas de rumores susurrados en los oídos adecuados. Todo para asegurarte el mejor futuro, y tú…

—Mi mejor futuro es con el hombre que amo, madre.

—De acuerdo —susurró dándose por vencida exhausta—. Que así sea. Una duquesa sin un céntimo sigue siendo una duquesa. —Con la mirada pesada, buscó los ojos de Christian—. Acepto, *milord*. Pero solo por el bien de mi marido. Si llegara a enterarse de esto, su corazón no podría soportarlo.

Sin decir más nada, su madre se dio media vuelta y comenzó a subir las escaleras hacia su recámara con los hombros hundidos como si de repente hubiera envejecido diez años. Isabella esperaba que su madre superara la desilusión con el paso del tiempo.

Y así, Isabella y Christian quedaron a solas en el vestíbulo. Con los ojos destellando, se volvió hacia él, que le devolvía la sonrisa con un brillo cálido en los ojos oscuros.

—Te amo, Isabella —le dijo tomándole las manos en las suyas.

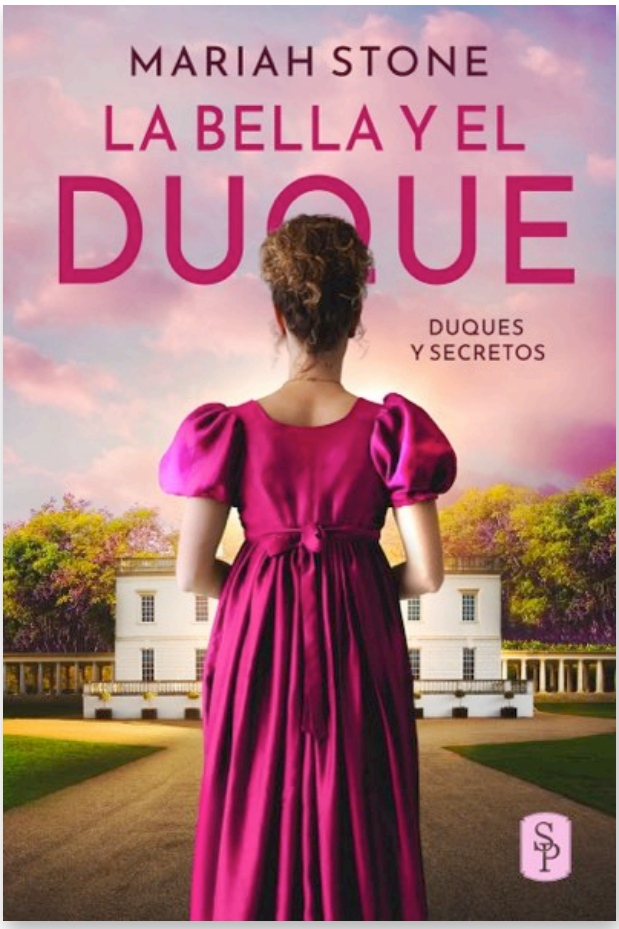
—Yo también te amo, Christian —le dijo acercándose más. Ignoró la expresión escandalizada del mayordomo y se acercó para besarlo.

Nunca más desearía que la Navidad desapareciera del calendario porque había recibido el regalo más grande que jamás hubiera imaginado: un futuro de amor y felicidad con el hombre que le había robado el corazón hacía tres años y jamás se lo había devuelto.

Su deseo navideño por fin se había vuelto realidad.

Gracias por leer **LA SEGUNDA OPORTUNIDAD DEL DUQUE**. ¿Disfrutaste la historia de Isabella y Christian y tu primer vistazo al mundo de DUQUES Y SECRETOS?

No te detengas ahora, descubre qué sucede cuando la señorita Penelope Beckett se ve obligada a casarse con el intimidante Duque de Grandhampton, Preston Seaton—un hombre que parece albergar un odio inexplicable hacia ella en **LA BELLA Y EL DUQUE (GRATIS EN KU),** libro 1 de la serie **DUQUES Y SECRETOS**.



Él se casó por venganza.
Ella se casó para salvar a su familia.

Lo que comienza como un matrimonio construido sobre secretos y resentimiento pronto arde con una pasión inesperada que ninguno de los dos puede negar...

LA BELLA Y EL DUQUE es el primero de mi cautivadora serie de la Familia Seaton DUQUES Y SECRETOS, donde la historia de amor de cada hermano se entrelaza con la misteriosa desaparición de su hermano Spencer.

Continúa leyendo LA BELLA Y EL DUQUE ahora >

¡Disponible en Kindle Unlimited, ebook, papel y audio!

OTRAS OBRAS DE MARIAH STONE

DUQUES Y SECRETOS

Vendida al duque (precuela)

La bella y el duque

La falsa prometida de lord Libertino

Duque por conveniencia

La apuesta de lord Canalla

LOS SIETE LORES DE LOS PECADOS

El duque de la ira

El duque de la lujuria

El duque de la soberbia

El duque de la gula

...

Próximamente más libros

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA)

Sìneag (precuela)

La cautiva del highlander

El secreto de la highlander

El corazón del highlander

El amor del highlander

La navidad del highlander

El deseo del highlander

La promesa de la highlander

La novia del highlander

El protector de la highlander

El reclamo del highlander

El destino del highlander

Reunión de Navidad

AL TIEMPO DEL VIKINGO (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA):

La tentación del vikingo (precuela)

El deseo del vikingo

El reclamo del vikingo

La novia del vikingo

El amor del vikingo

La cautiva del vikingo

AL TIEMPO DEL PIRATA:

El tesoro del pirata

El placer del pirata

¡Más libros nos esperan en 2024!

ACERCA DEL AUTOR

Mariah Stone es una autora superventas de novelas románticas históricas, destacándose por su aclamada serie de regencia *Duques y secretos*, su envolvente serie de romance histórico *Al tiempo del highlander*, y sus cautivadoras novelas de Vikingos, Piratas y Regencia. Con casi un millón de libros vendidos, Mariah narra historias de mujeres valientes que encuentran el amor verdadero con sus almas gemelas a través del tiempo. Sus obras están disponibles a nivel mundial en diversos idiomas y en formatos electrónicos, impresos y de audiolibros.

¡Suscríbete al boletín de Mariah y obtén hoy mismo un libro de romance histórico gratis en https://mariahstone.com/es/!

